

Douglas Coupland

Atracón

60 historias para que tu
mente se sienta diferente

Traducido del inglés por Juan Gabriel López Guix

Alianza editorial

Título original: *Binge*

Primera edición: junio de 2024

Diseño de colección: Manigua

Diseño de cubierta: Manigua

Imagen de cubierta: «She's A Good Girl Loves Her Boyfriend», Douglas Coupland, 2014.

Cortesía de Douglas Coupland y Daniel Faria Gallery, Toronto.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2021, Douglas Coupland

All rights reserved

© de la traducción: Juan Gabriel López Guix, 2024

© Alianza Editorial, S.A., 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-707-8

Depósito legal: M. 8.286-2024

Printed in Spain

Índice

1. Alexa	13
2. Radiación	19
3. Splenda	24
4. Rh nulo	28
5. Tanga	32
6. Parque temático	36
7. Modo avión	41
8. Lubricante	45
9. Incel	49
10. Espíritu de equipo	54
11. Veganos	59
12. Chicle	63
13. Sin plomo	66
14. Lego	70
15. Cara de Mujer Antipática	74
16. Cuenta de rastreo	79
17. Hoteles de moda	83

18. 23andMe	87
19. Rotuladores	91
20. Comrom	95
21. Subway	99
22. Hyundai	103
23. Southwest Airlines	107
24. Tinder	111
25. NSFL	116
26. <i>Gender reveal party</i>	120
27. Padre bailongo	125
28. Portátil	129
29. Karen	133
30. Taco Bell	137
31. Productos Kirkland	141
32. Historial de búsquedas	146
33. Clickbait	150
34. 18+	156
35. SPF 90	160
36. Lotería	165
37. Gagá	169
38. Sábanas Liz Claiborne	173
39. Piscina de bolas de IKEA	177
40. Encendedor Bic	181
41. Dasani	185
42. Oxi	189
43. Effexor	193
44. Contenedores Rubbermaid	197
45. CCTV	201
46. Fentanilo	204

47. Adderall	208
48. Aversión al riesgo	212
49. Diógenes	216
50. craigslist.org	221
51. Banco de imágenes	225
52. Nike	230
53. iPhone	234
54. LAN	238
55. Olive Garden	242
56. Salsa	247
57. Consumir	252
58. Sugus	256
59. Conducción en estado de ebriedad	261
60. Norovirus	265

Este libro está dedicado tanto a Siri, que vive en mi Mac, como a Siri, mi sobrina (diosa noruega de la risa), que iba al instituto cuando Siri se convirtió en algo. Imagínate cómo debió de ser aquello. Es una de las conversadoras y escritoras de mensajes más encantadoras que conozco.

1. Alexa

La gente me pregunta cosas como dónde aparqué el coche hace, por ejemplo, 477 días y soy capaz de decirles en el acto que fue en la plaza 173 del tercer nivel del aparcamiento de Walgreens y que costó 1,50 dólares y que a mi izquierda había un Subaru familiar azul oscuro que tenía en el salpicadero un Garfield de peluche con gafas de sol. No necesito una aplicación para recordar eso. Soy una de las pocas personas del planeta que recuerda todas las cosas que ha visto. Todas. Si crees que lo que digo es una idiotez, te haré una pregunta: ¿has vivido alguna vez un accidente de coche u otra situación que, cuando la recuerdas más tarde, te parece que ha durado diez minutos en lugar de diez segundos? ¿Como si hubiera sucedido a cámara lenta? A que sí. Pues es porque el cerebro lo ha filmado dos veces: una con la memoria normal y otra con la cámara de la memoria de lucha o huida. En la mayoría de las personas, la memoria de lucha o huida solo se activa cuando experimentan un acontecimiento traumático. La mía lleva filmando sin parar toda la vida.

Recuerdo la matrícula del coche que estaba aparcado delante del de mi madre cuando me dejó en el colegio en la mañana del

14 de noviembre en tercero de primaria: MDL5588. Recuerdo lo que llevaba mi profesora aquel día: un vestido verde; una venda en la mano izquierda. Recuerdo las preguntas del examen de geografía (las acerté todas, claro). Mis padres solo me mandaron a la escuela porque no querían que me convirtiera en una inadaptada social, no porque fuera a aprender algo nuevo.

En cuanto los médicos se dieron cuenta de lo que ocurría dentro de mi cabeza, perdí toda posibilidad de llevar una vida normal. Me pedían que memorizara pi con cinco mil decimales, pero lo que ellos llamaban memorizar para mí solo es mirar algo y describirlo luego. Atarme los cordones de los zapatos supone para mí más trabajo que recordar el número de tu tarjeta American Express cinco años después de que me la enseñaras mientras tomábamos unas copas aquella noche en la que una luna menguante se puso justo dentro del recogehojas colocado al lado del calentador de la piscina fijado a 32 grados.

Dime cómo llegas al trabajo todas las mañanas. Está claro que conoces el camino. No es algo que sea muy difícil; si me lo contaras cincuenta veces, siempre sería igual. ¿Por qué no iba a serlo? Mi memoria funciona igual; no es diferente a que tú me cuentes el camino diario a la oficina.

Los idiomas son fáciles... todos aprendemos a hablarlos sin que nos demos siquiera cuenta. Yo aprendí navajo en una semana. Ahora hablo doce, pero no es muy divertido ser un bicho raro si lo piensas bien. Por ejemplo, no me ayuda en mi vida amorosa. En cuanto una persona se entera de lo que me pasa, enseguida da por supuesto que la estoy *vigilando* y se vuelve paranoica. Como si fuera tan interesante. Las personas son tan parecidas que podrían ser idénticas.

Lo otro que tiene recordarlo todo es el triste conocimiento de que casi todo lo que tengo en la cabeza es basura innecesaria.

Para ir por la vida, apenas necesitas recordar nada, y menos aún cada una de las palabras de un artículo de cinco mil palabras sobre la reintroducción de las proteínas en la dieta japonesa después de la Segunda Guerra Mundial o todos los créditos finales de todas las películas de *La guerra de las galaxias*.

Cuando apareció Google, pensé que por fin todo el mundo sentiría lo que es ser como yo. Pero la única consecuencia fue que la gente recordara menos. (Dicho esto, he notado que, cuando la gente busca algo en la Wikipedia, tiende a recordarlo de verdad; supongo que cierto tipo de curiosidad hace que el cerebro segregue sustancias químicas que ayudan a consolidar los datos recién aprendidos).

En realidad, enloquecí un poco a finales de la veintena y empecé a evitar cualquier situación en la que viera palabras: no solo en libros, revistas y señales urbanas, sino también palabras en internet. Imagina lo que es recordar cualquier retazo de basura que has visto incluso en la incursión más básica por la madriguera del conejo: te volverías tarumba. Pensé que el remedio para mi espíritu era centrarme en la naturaleza: las plantas, los animales y la tierra. El caso es que, sin palabras ni lenguaje en los que ocuparme, mi cerebro empezó a sobrecompensar. Al cabo de poco, los paisajes y los edificios empezaron a estallar a mi alrededor en niveles sorprendentes de detalle. Lo peor fue darme cuenta de que había insectos por todas partes. Y las manchas. Y los desperfectos y las magulladuras. Los arañazos. Las caras y los animales que veía en las nubes.

Llegué a un punto crítico al pasar por delante de una tienda de recuerdos no lejos del mercadillo que montan el fin de semana. Volví la cabeza y vi a alguien dándole vueltas a uno de esos expositores llenos de matrículas en miniatura con nombres de niños. No quería ver aquello.

ABIGAIL	ADDISON
AIDEN	ALEXA
ALEXANDER	ALEXIS
ALLISON	ALYSSA
AMELIA	ANGEL
ANDREW	ANNA
ANTHONY	ASHLEY
AUBREY	AVA
AVERY	BELLA
BRANDON	BRAYDEN
BRIANNA	BROOKLYN
CARTER	CHARLOTTE
CHLOE	CHRISTIAN
CHRISTOPHER	CONNOR
DANIEL	DAVID
DYLAN	ELIJAH
ELIZABETH	ELLA
EMILY	EMMA
ETHAN	EVAN
EVELYN	GABRIEL
GAVIN	GRACE
HAILEY	ISABELLA
ISAAC	ISAIAH
JACK	JACKSON
JACOB	JAMES
JAYDEN	JOHN
JONATHAN	JORDAN
JOSEPH	JOSHUA
JUSTIN	KAYLA
KAYLEE	LANDON
LAYLA	LEAH

LIAM	LILY
LOGAN	LUCAS
LUKE	MADISON
MAKAYLA	MASON
MATTHEW	MIA
MICHAEL	NATHAN
NATALIE	NEVAEH
NICHOLAS	NOAH
OLIVIA	OWEN
RILEY	RYAN
SAMANTHA	SAMUEL
SARAH	SAVANNAH
SOFIA	SOPHIA
TAYLOR	TYLER
VICTORIA	WILLIAM
ZOE	ZOEY

Algo se rompió dentro de mí. Corrí al parque que estaba al otro lado de la calle y me senté en un banco a llorar. No soporto sentir lástima de mí misma.

Una mujer que llevaba uno de los puestos del mercadillo se dio cuenta de que salía corriendo. Me siguió para asegurarse de que me encontraba bien. Tenía sesenta y ocho años (24 843 días, en realidad) y parecía sinceramente preocupada por mí. Puede que solo quisiera distraerme, pero me preguntó si me podía dibujar. Sí, le dije, y la acompañé hasta su puesto y me senté en una tumbona de playa verde. Durante más o menos una hora, me dibujó con carboncillo y, todo el rato, estuvo preguntándome cosas sobre mí como nadie había hecho nunca. Cuando terminó, me enseñó el retrato. No era complaciente. Acto se-

guido, me pidió que cambiáramos de rol y que yo la dibujara a ella. Cosa que hice.

Y ese día me convertí en artista. Nadie le reprocha a una artista que se fije en las cosas.

2. Radiación

Este abril hará dos años que celebré mi cuadragésimo cumpleaños en la terraza de atrás. Lucía el sol y fuera hacía el calor suficiente para que, si todos mis amigos llevaban chalecos de plumas y Lucy, mi mujer, sacaba unas cuantas mantas, pudiéramos fingir que hacía más calor del que en realidad hacía. (En abril, básicamente ya estás desesperado por tener algo de calor y luz). Éramos ocho, todos más o menos de la misma edad, además de unos pocos niños, apalancados en el cuarto de la televisión. Era un buen encuentro y me sentía adulto de una forma que encuentro rara: «¡Miradme! Estoy celebrando mis cuarenta años con elegante fiesta en la terraza de una casa que tiene una hipoteca de 800 000 dólares. ¡Ahora sí que soy adulto!».

Un comentario rápido sobre Lucy. Todo lo que hace mi mujer tiene que ser perfecto, como si fuera un pavo marinado y asado al estilo tradicional en Acción de Gracias. Además, no dispone de ningún mecanismo interno para cuando las cosas se tuercen.

Como todos teníamos más o menos la misma edad, estuvimos un rato charlando sobre lo que significaba cumplir cuarenta años. Nathan, nuestro experto oficial en internet, dijo:

—Craig, como a Lucy la atropelle un autobús, ahora ya serás demasiado viejo para encontrar pareja. Tendrás que meterte en esos sitios de novias de Azerbaiyán. Te sorprendería lo que hay en esas webs.

Lucy dijo:

—Nathan, no le des ideas.

—En serio, Lucy, tendríamos que mirar una luego. Elegiremos tu reemplazo.

—Eres un bicho.

Claire, nuestra ingeniosa/cínica oficial, añadió:

—Craig, tendrás que tener cuidado con las cazafortunas. Las más listas se dejan caer en actos de coches de época. No nos engañemos, si una mujer le elogia el color del coche a un hombre heterosexual de cuarenta y tantos, él ya se imagina poniéndole un pisito. —Dio un sorbo a su cerveza—. Me parece que debería cobraros a todos por este consejo.

Normalmente, nuestro amigo Noah habría participado en la conversación, pero en esa ocasión no lo hizo. Lucy fue la primera en darse cuenta.

—Noah, pareces un poco pálido hoy, ¿los niños no te dejan dormir?

Noah miró a Jeannie, su mujer, y luego a todos nosotros.

—Bueno... os lo queríamos haber dicho, pero supongo que ningún momento parecía adecuado. Lo soltaré sin más: he estado yendo a sesiones de radioterapia para tratar un cáncer de tiroides. Dicen que todo va a ir bien, pero tengo que ponerme un poco de maquillaje verde claro en la garganta para que no se vea de un rojo quemadura solar, porque con la terapia al final la piel parece de goma.

Lucy se horrorizó.

—Noah, lo siento mucho. No...

—No, no te preocupes. Jeannie y yo estamos tranquilos. Estamos convencidos de que lo superaré.

Silencio.

Noah volvió a hablar:

—No os lo debería haber soltado así a todos. Tom, cuéntanos un chiste para cambiar de humor.

Tom, nuestro amigo científico con ligeros rasgos del espectro autista, obedeció.

—Un cuervo de Nueva Caledonia, un pulpo gigante del Pacífico y el príncipe Harry entran en un bar...

Y fue entonces cuando los dioses brillaron sobre nosotros. Lucy alzó la vista al cielo y dijo:

—¡Oh, mirad! ¡Es un águila calva!

Un águila calva. Supongo que en Alaska son comunes, pero más abajo son bastante raras. La Madre Naturaleza había decidido cambiar de tema.

—Toda la vida he pensado que ya casi se habían extinguido —dijo Claire.

—Creo que casi se habían extinguido —dijo Tom—. En otro tiempo seguramente las trituraban para hacer toallitas de papel o pintura para automóviles o alguna otra cosa.

—¡Qué majestuosa que es! —dijo Jeannie—. ¡Suena muy curiosa, pero miradla!

Y era verdaderamente majestuosa.

Permanecimos en la terraza contemplando al águila planear, soltando oohs y aahs. Y entonces se acercó hasta un nido de cuervos que había en la copa de un cedro, descendió en picado, atrapó un polluelo con las garras y se alejó. Los padres cuervos estaban histéricos.

—Mierda.

—La puta.

—Demonios.
—La Madre Naturaleza.
—Qué cruel a veces, ¿verdad?
Silencio.
—Voy a traer más cervezas —dije.
—Te ayudo —dijo Lucy.

En la cocina Lucy me hizo notar lo furiosa que estaba.

—No me puedo creer que Noah nos haya dicho que tiene cáncer en medio de la puta fiesta de cumpleaños.

—Tú le has dado pie al preguntarle por qué estaba tan pálido.

—¿Cómo iba a saberlo?

Volvimos y nos encontramos a los demás hablando superficialmente de temas médicos.

—¡Cerveza para todos! —anuncié.

—De momento no puedo beber —dijo Noah.

—Sí, claro.

Llevaba todo el día bebiendo tónica. Más silencio.

—Mira —dijo Tom—. Ya está otra vez aquí el águila. —Se dirigía directo al mismo cedro—. Oh, mierda —añadió.

... Un picado.

... ¡Un chillido!

Y allá que se fue el señor Águila con un segundo canapé de polluelo de cuervo.

Todos permanecieron mirándose unos a otros. Y entonces apareció en la terraza Simone, la hija de Claire, de once años.

—Mamá, ¿qué es un doble anal? Me ha dicho Howard que te lo pregunte.

Howard, mi hijo de catorce años, va a saber lo que es bueno esta noche; de todos modos, menos mal que Simone llegó

cuando llegó, porque fue muy divertido y cambió el humor general.

—Hablaemos de ello en el coche de camino a casa, cariño. Entonces Simone vio el águila.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Mirad! ¡Un águila!

Sí, nuestra águila se dirigía de nuevo al árbol.

—Simone —ordenó su madre—, vuelve adentro y sigue viendo la televisión.

—Quiero ver el águila.

En ese momento, los tres niños más pequeños irrumpieron por la puerta de la cocina, preguntando qué estábamos mirando todos.

—Un águila —dijo Simone—. ¡Allí arriba!

—¡Genial!

Lucy hizo entonces algo que, según había oído una vez, servía para que la gente no se fijara en algo malo y que era tirar al suelo un objeto grande de cerámica o vidrio. Le dio un hábil golpe a una jarra de agua Spode de trescientos dólares, que cayó al suelo y se hizo añicos justo en el momento en que la cría de cuervo número tres era sacada del nido. No funcionó.

—¡Mamá, el águila se ha llevado al pollito! —gritó Simone.

Los tres niños más pequeños chillaron y rompieron a llorar.

—A la mierda —dije—, voy a por whisky. ¿Alguien más quiere?

Los ocho adultos, Noah incluido, dijeron que sí.

3. Splenda

Me llamo Olivia. Tengo dieciocho años y fibrosis quística, pero lo llevo bien. Crecí en una granja siniestra en medio de la nada. Digo siniestra porque mi familia es superreligiosa y yo no lo soy (nunca lo he sido), lo cual tiene que ser genético o algo así. Mis padres creían que Dios me curaría la fibrosis y solo me llevaban al hospital si ya casi no podía respirar. Cuando tenía catorce años preparé un día una nota y conseguí pasársela a la enfermera de urgencias. Los servicios sociales buscaron a una abogada, Adelle, que se hizo cargo de mi caso de modo gratuito y me sacó de aquel siniestro estercolero de palurdos.

Ahora estoy en mi segunda vida, mi vida de verdad. Soy realista y sé que no va a ser muy larga, pero lo llevo bien. Vivo en un apartamento en un semisótano (no es lo mejor para la fibrosis quística, el moho) y recibo una atención médica adecuada, y todo el tiempo viene gente a ver cómo estoy. Puede que nunca me vuelva a sentir tan libre mentalmente como ahora. Estoy borracha de libertad.

Vivo en una zona que no es ni urbana ni rural. La gente solo oye hablar de este sitio cuando vienen de las televisiones a entrevistar a padres que no se pueden creer la última monstruosidad inventada por alguno de sus hijos, cosas como tirar cabezas de caribú desde el paso elevado de la autopista. El barrio es como esa calle del final de *Carrie* donde los coches circulan marcha atrás y del suelo salen unas manos ensangrentadas para arrastrarte al infierno. Vi *Carrie* por primera vez la semana pasada. No os metáis conmigo; soy una completa ignorante en cultura pop. Hay cinco mil películas y series de televisión de las que tengo que ponerme al día.

Nací el 11-S, cosa que asustó a mis padres, que creo que en secreto me vieron como una niña demonio. En mi décimo cumpleaños hubo todo tipo de rumores sobre el aniversario del 11-S, pero en lugar de organizarme una fiesta, mis padres me llevaron a la iglesia de la zona comercial junto al concesionario de coches que acababa de cerrar. Recuerdo que todo el mundo me miraba como si el 11-S fuera mi culpa. Al mismo tiempo, parecían esperar que les revelara algo divino e iluminador. Cuando cumplí trece años, cometí el error de decir que el 11-S había sido un trabajo interno (ni siquiera sabía qué significaba eso), y un par de pastores con aspecto de pervertidos vinieron y me entrevistaron durante cuatro horas. Otra razón por la que me escapé.

El caso es que ahora intento olvidar todo eso. ¡Imagínate sentirte viva al cien por cien en cada segundo de cada momento del día! A lo mejor es así como se sienten los animales. O los árboles, incluso. A veces contemplo el árbol con ramas llenas de bolsas de plástico que se ve por el lucernario de mi apartamento y me maravillo de que tanto él como yo estemos igualmente vivos y de que no haya una zona intermedia. O estás vivo o no lo estás. O estás muerto o no lo estás.